

Thomas Piketty

Europa, una potencia socialdemócrata

Blog del autor, 3 de febrero de 2026.

Para afirmarse en el escenario mundial, Europa debe primero enorgullecerse de lo que se ha convertido desde 1945: una potencia democrática, social y transnacional. Tras haber sido durante mucho tiempo potencias coloniales rivales y feroces, tras haber experimentado el abismo, los países europeos se unieron y desarrollaron dentro de esta unión un nuevo modelo social y democrático. Europa se ha convertido así en una potencia socialdemócrata. Decir esto no significa confinar a Europa en un bando político. Es simplemente reconocer que existe un amplio consenso en todo el continente en torno al modelo social europeo.

Los términos pueden variar: los conservadores alemanes hablan de una "economía social de mercado", algunos prefieren la noción de "estado de bienestar", otros de "socialdemocracia ecológica" o "ecosocialismo".

Estos debates son legítimos, pero lo cierto es que ninguna fuerza política significativa en Europa propone reducir el tamaño del Estado a su nivel de 1914 (menos del 10 % del PIB en todos los países, principalmente el gasto soberano y militar). Los países nórdicos más prósperos (Dinamarca, Suecia, Noruega) tienen un gasto público cercano al 45-50 % del PIB, cercano en términos históricos a los niveles observados en Alemania y Francia, y nadie discutirá esta realidad.

El debate sobre el futuro se centra en si detenerse aquí (el escenario de la socialdemocracia conservadora, ampliamente compartido por la derecha y, a veces, incluso por el centro izquierda) o si continuar el movimiento ante nuevos desafíos (la tesis de la socialdemocracia ecológica y el ecosocialismo, más ambiciosa pero también más compleja de implementar). En cualquier caso, Europa es una potencia socialdemócrata y lo seguirá siendo.

Si a las élites europeas y a los economistas liberales de 1914 se les hubiera dicho que la socialización de la riqueza alcanzaría algún día la mitad de la renta nacional, habrían denunciado unánimemente la insensatez del colectivismo y pronosticado la ruina del continente. En realidad, los países europeos han alcanzado un nivel de prosperidad y bienestar social sin precedentes en la historia, en gran medida gracias a las inversiones colectivas en salud, educación e infraestructura pública.

Para ganar la batalla cultural e intelectual, es hora de que Europa reivindique sus valores y defienda con firmeza su modelo de desarrollo, diametralmente opuesto al modelo nacionalista-extractivista de los partidarios de Trump y Putin. Una cuestión crucial en esta batalla es la elección de los indicadores para medir el progreso humano. Esto no es una cuestión técnica: es política y concierne a todos los ciudadanos. Con demasiada frecuencia, el debate europeo se empantana en indicadores obsoletos, totalmente inadecuados para prever el futuro y el bienestar social en la era del cambio climático.

El error más flagrante —y lamentablemente generalizado— es comparar el PIB per cápita expresado a tipos de cambio de mercado. Esto ignora el alza de precios en Estados Unidos: es como examinar el crecimiento salarial ignorando la inflación. En 2025, el tipo de cambio promedió 1,10 dólares por euro (1,05 a principios de año, 1,15 al final). Pero para igualar los niveles de precios, el tipo de cambio debería rondar los 1,50 dólares por euro. Al no considerar la paridad del poder adquisitivo, que es la única manera de comparar el nivel de vida y el volumen real de bienes y servicios producidos en diferentes países, exageramos la riqueza estadounidense en casi un 40 % en comparación con la europea.

El segundo error es ignorar las diferencias en la jornada laboral. Europa ha optado por semanas laborales más cortas y vacaciones más largas, lo que le ha permitido aumentar el bienestar social y reducir su impacto material. Si consideramos estos dos factores, observamos que la productividad por hora —es decir, el PIB por hora trabajada expresado en paridad de poder adquisitivo— [es mayor en el norte de Europa que en Estados Unidos](#), cuyo liderazgo en ciertos sectores y regiones se ve más que compensado por los rezagos observados en otros lugares.

Alemania y Francia, que también estaban por delante de Estados Unidos hace 20 años, se han quedado ligeramente atrás desde entonces, como consecuencia de las políticas restrictivas implementadas en Europa desde la crisis de 2008. [Por lo tanto, el gasto real por estudiante ha caído más de un 20 % en Francia en los últimos 15 años](#), lo cual es la peor manera de prepararse para el futuro. Dadas las enormes sumas invertidas en educación superior al otro lado del Atlántico, es sorprendente que sigamos empatados.

El tercer error, y aún más grave, es centrarse en el PIB de mercado e ignorar los indicadores sociales (como la esperanza de vida) y ambientales. Si consideramos las externalidades negativas asociadas a las emisiones de carbono, el PIB ajustado a estas externalidades se desploma en Estados Unidos en comparación con Europa. Cubrir el planeta de centros de datos —una nueva fantasía actualmente en boga en Washington y, a veces, en Bruselas— no va a resolver los problemas del mundo.

Tarde o temprano, Europa tendrá que superar la ambigüedad y defender normas económicas y comerciales coherentes con un modelo de desarrollo verdaderamente equitativo y sostenible. Por ejemplo, dado que el acuerdo solo agrava la deforestación en curso en América Latina, tiene sentido oponerse al Mercosur. Pero sería aún mejor apoyar la propuesta brasileña de un impuesto global a multimillonarios y multinacionales, cuyos ingresos podrían compensar a los países que restrinjan voluntariamente la producción más perjudicial. Solo así Europa se convertirá en una potencia socialdemócrata a escala global.